

¡Burgueses y proletarios del mundo, uníos!

Las calles de nuestro país están en agitación, las universidades están llenas de estudiantes rebeldes y alborotadores. Los comunistas tratan de destruir nuestro país. Rusia nos amenaza con su poderío, y la República está en peligro. Sí, peligro, interno y externo. ¡Necesitamos ley y orden! Sin esto nuestra nación no podrá sobrevivir.

ADOLFO HITLER,
Discurso en Berlín, 1932.

No entiendo el grado de estupidez de los gobernantes chinos, al mismo tiempo que rompen con Beethoven establecen relaciones diplomáticas con el dictador Pinochet...

GABRIEL GARCÍA MÁRQUEZ, 1974

El 15 de octubre de 1976, apenas nueve días después del golpe de Estado en Pekín, el entonces consejero internacional del Gobierno de Washington, Henry Kissinger, declaró en una conferencia de prensa en la capital de Estados Unidos: «Estamos convencidos de que la soberanía de China y su integridad territorial desempeñan un papel fundamental en el mantenimiento del

equilibrio mundial, y nosotros consideraríamos como muy graves las amenazas que pudieran pesar sobre ellas por parte de una potencia exterior».

El 24 de octubre, Kissinger fue más explícito: «Una agresión contra Yugoslavia o contra China [...], modificaría el equilibrio de fuerzas mundial y afectaría los cálculos estratégicos de otros países, lo que podría tener como contraefecto consecuencias infortunadas sobre la seguridad estadounidense, aun cuando no fueran inmediatas [...]. *Estados Unidos vería con mucha preocupación una agresión armada o una simple presión militar contra China*».

El 12 de enero de 1977, la agencia oficial de noticias Sinjua informaba de «huéspedes estadounidenses festejados en Pekín», explicando que «el instituto chino popular para asuntos exteriores dio un banquete en Pekín esta noche para David Rockefeller, presidente del consejo del Chase Manhattan Bank de los Estados Unidos, y sus acompañantes [...]. Presentes en la ocasión estaban Ko Po-nien, vicepresidente de la organización anfitriona; Li Chuan, vicepresidente del consejo chino para la promoción del comercio exterior; Tsui Ping, vicedirectora general del Banco de China; Tang Weng-sheng, vicedirectora de departamento en el ministerio de relaciones exteriores; y Kang Tai-sha, subsecretario general de la organización anfitriona. También estaba presente Thomas Sovereign Gates, Jr., jefe de la misión de enlace de Estados Unidos en China». Se explicaba que David Rockefeller había sido invitado por el instituto chino popular para asuntos exteriores.

El 14 de enero, de nuevo la agencia Sinjua explicaba a sus lectores: «Juang Jua, ministro chino de relaciones exteriores, se entrevistó y tuvo una *conversación amistosa* aquí [en Pekín] con David Rockefeller, presidente del consejo del Chase Manhattan Bank de Estados Unidos, y sus acompañantes. Después de la entrevista, el ministro Juang Jua ofreció una comida en honor de los huéspedes estadounidenses».

Al día siguiente, 15 de enero, «Li Sien-nien, viceprimer ministro del Consejo de Estado, se entrevistó y tuvo una *conversación amistosa* aquí [en Pekín], esta tarde, con David Rockefeller».

El 16 de enero: «David Rockefeller y sus acompañantes dejaron Pekín por avión esta mañana [...]. En Pekín, David Rockefeller y sus acompañantes tuvieron entrevistas separadas con Chiao Pei-Sin, presidente del directorio del Banco de China;

Tsui Ping, director gerente y subgerente general del Banco de China; y Wang Yao-ting y Li Chuan, presidente y vicepresidente del Consejo Chino para la promoción del comercio exterior».

En suma, conseguida la buena disposición del imperio norteamericano para ayudar militarmente a los nuevos gobernantes de Pekín al alba después del golpe de Estado, ahora se iniciaban las negociaciones financieras para obtener préstamos a fin de comprar las armas.

Como había dicho el jefe del partido y del Gobierno albaneses, Enver Hoxha, en su informe al VII Congreso del partido del trabajo de Albania, refiriéndose al Gobierno de Pekín, «la sustitución que ellos hacen del internacionalismo proletario por su “solidaridad internacional” es un reflejo de su reemplazo de la ideología proletaria por la ideología burguesa. Para los revisionistas, solidaridad significa solidaridad con la burguesía y lucha contra el proletariado, solidaridad con los imperialistas y lucha contra los pueblos. En boca de los revisionistas, *solidaridad es una fórmula de justificación que les permite unir fuerzas con el diablo y sus hijos, con los socialdemócratas y el Vaticano, con las compañías transnacionales y los fascistas, con la Organización del Tratado del Atlántico Norte y con el imperialismo estadounidense*».

En los mismos momentos que Rockefeller recibía el abrazo amistoso de los jefes chinos, la publicación francesa «Le Monde Diplomatique» informaba en su artículo *La evolución de las relaciones entre Estados Unidos y China* (enero, 1977) que «dos de los principales consejeros del señor Carter para asuntos chinos se han pronunciado públicamente en favor de un “deslizamiento sutil” en dirección a China, a través de la venta de material técnico susceptible de aplicaciones militares, y del desarrollo de otras relaciones a nivel de defensa, a condición, sin embargo, de que tales relaciones no comprometan la distensión con la Unión Soviética [...]. La decisión tomada por el Gobierno Ford de ceder a los chinos dos computadoras Cyber 172 de la firma Control Data, que pueden ser utilizadas con propósitos militares, ha marcado el comienzo del “deslizamiento” hacia China en lo que concierne a las ventas de material técnico con aplicaciones militares... Tomada secretamente el 12 de octubre último por el presidente Ford y el Consejo de Seguridad Nacional, esta decisión estaba clasificada de altamente confidencial, pero fue divulgada por el semanario “Aviation Week” en seguida, al parecer debido a una indiscreción cometida por un

muy alto funcionario del Pentágono [...]. Hace más de un año que los chinos hicieron sus primeras ofertas de compra para esas computadoras y otros aparatos de alta tecnología que tienen aplicación militar, pero el Gobierno estadounidense, aunque había autorizado a los aliados de Estados Unidos a vender armamento a China, mantuvo en suspenso su respuesta. [...] *La decisión del Consejo de Seguridad Nacional aprobando la venta... ocurrió menos de una semana después del arresto de los dirigentes radicales chinos que formaban la banda de los cuatro, y tres días después de un encuentro privado en Nueva York entre el señor Kissinger y el señor Chiao Kuan-jua...* [Algunos de los extranjeros que estábamos en Pekín, en esa fecha supimos que Chiao, entonces ministro de relaciones exteriores de China, había pedido una entrevista con Kissinger para la misma tarde del 6 de octubre —la madrugada del día 7 en Pekín— en Nueva York, a fin de informar sobre el arresto de los dirigentes izquierdistas. Más tarde, una fuente del Consejo de Estado chino me dijo que una de las acusaciones contra Chiao, cuando fue purgado en noviembre de 1976, fue que “había divulgado el secreto de la entrevista con Kissinger... para desprestigiar al presidente Hua”.] La mayor parte de los especialistas estadounidenses pensaban en verdad que los dirigentes “radicales” se oponían a que China se hiciera cada vez más dependiente de Estados Unidos en el dominio de la tecnología militar [...]. Las computadoras estadounidenses, en la hipótesis de que fueran utilizadas con fines militares, ayudarían notablemente a los chinos a reducir su retraso con respecto a los soviéticos en el campo de la tecnología militar [...]. Se sabe que esa computadora puede servir para el control de radares extremadamente potentes capaces de detectar proyectiles balísticos intercontinentales, y que el Pentágono los ha utilizado para programar armas nucleares [...]. En septiembre de 1975 fue llevado al conocimiento público el debate sobre las relaciones militares entre Estados Unidos y China. Michael Pillsbury, experto en política exterior de la Rand Corporation, dijo ese mes: *«Debemos adoptar una política que admita de una manera explícita que Pekín tiene un legítimo interés en mejorar su fuerza de disuasión para enfrentar la posibilidad de un ataque soviético»* [...]. “The New York Times”, en septiembre de 1975, escribía: “The New York Times ha logrado conocer un informe de la CIA que señalaba la existencia de discretos avances de China ante empresas estadounidenses”. Según este documento, los chinos habían contactado

por medio de representantes con la Lockheed para los aviones de transporte C141, con la sociedad ITEK para cámaras destinadas a equipar satélites terrestres, con la RCA para material de localización y de telecomunicación... y también con CONTROL DATA para las computadoras Cyber 172. "The New York Times" recordaba que en 1973 Estados Unidos había ya vendido a China diez aparatos Boeing 707 provistos de sistemas de pilotaje automático».

Según el artículo que estoy citando, de «Le Monde Diplomatique», algunos de los fines que tendría el Gobierno de Washington para su política nueva a partir del golpe de Estado en Pekín serían: «impedir todo acercamiento entre China y URSS cultivando todas las sospechas y las tensiones que dividen a Moscú y Pekín y asociando el conjunto del alto mando militar chino a la actual política china de "deslizamiento" hacia Estados Unidos [...], dar una especie de *prima* a los dirigentes chinos por haber llevado a la práctica la apertura en dirección de Estados Unidos, y reforzar al mismo tiempo la posición de aquellos que defienden esta política en el seno de la dirección china [...]. Según ciertas informaciones publicadas en la prensa, Estados Unidos habría pasado a China investigaciones sobre la URSS, y los chinos le habrían comunicado, a cambio, informes de sus servicios de contraespionaje acerca de las actividades de los soviéticos. Entre las informaciones de naturaleza militar dadas a China por Estados Unidos figurarían destacadamente documentos fotográficos de las fuerzas soviéticas estacionadas en la frontera china, recogidos por las misiones de reconocimiento estadounidenses, información de los movimientos de los submarinos soviéticos y otros diversos datos obtenidos gracias a las técnicas modernas del espionaje electrónico. *Ciertas indicaciones permiten suponer que esos intercambios habrían comenzado en seguida de la visita del señor Kissinger a Pekín en el mes de julio de 1971...* [Este tipo de informaciones coincide notablemente con el alegato de algunos de los vencidos en octubre de 1976 en China, que me contaron cómo Chu En-lai y su gente se habían valido de "documentos imperialistas" para ganarse la simpatía de los generales del EPL en sus esfuerzos por detener la revolución, y cómo "esos generales han traicionado a China pasando documentos secretos a los imperialistas", para conseguir su protección.] En noviembre de 1975, los aliados de Estados Unidos fueron autorizados para vender armamento a China... Las relaciones de defensa entre China y los países oc-

cidentales entraron en una fase nueva con la conclusión de un contrato de 200 millones de dólares entre China y la sociedad Rolls Royce, según el cual la firma británica se ocuparía de adaptar a los Mig anticuados de la fuerza aérea china motores a reacción del mismo modelo de aquellos con que equiparon la versión inglesa del Phantom F-IV estadounidense. El contrato estipularía que los reactores serían ulteriormente fabricados en la propia China, lo que permitiría a los chinos dotarse de los elementos primeros de una industria moderna de motores de aviación. [Esto quedó totalmente confirmado en noviembre de 1977, cuando se anunció en Pekín el comienzo de la fabricación en serie de este nuevo tipo de aviones Mig, supermodernos, en sociedad con la Rolls Royce.] Ya en 1974, Francia había vendido a China helicópteros Super-Fleron, que tienen a la vez utilización militar y comercial; en junio de 1976, en el momento de la visita a China del jefe del estado mayor francés, el general Guy Mery, corrió el rumor de que los chinos habían entrado en conversaciones con Francia para la compra de aviones a reacción Mirage y carros AMX 30. China también ha comprado algunos helicópteros a Alemania Occidental y estaría actualmente en conversaciones con Japón, para la compra de aparatos de reconocimiento. [Durante la visita del general Mery a Pekín, el 6 de junio fue recibido por el primer ministro Hua Kuo-feng, y "Ren-min Ribao" dijo que "tuvieron una amistosa y amplia conversación", calificación que en el *código chino* del protocolo colocaba al general Mery a la misma altura que los dirigentes revolucionarios llamados "marxista-leninistas", o a la de Richard Nixon y Henry Kissinger. También Mery fue recibido por Ye Chien-ying, en su calidad de vicepresidente de la comisión militar del comité central y ministro de defensa. Al pueblo chino, esa visita del general francés le fue presentada como la de "un luchador por la defensa de su pueblo y de su patria contra el socialimperialismo".] Un tiempo después de la aprobación de la venta de las computadoras Cyber 172, el semanario "Aviation Week" revelaba que la mayor empresa de computadoras del Japón, la compañía Fujitsu-Hitachi, estaba a punto de firmar un contrato con China para la venta de computadoras Hitac M170 o M160, que tienen capacidades equivalentes a las de los modelos IBM 370-158 y 370-148... De fuente diferente se ha sabido que los chinos querían adquirir dos computadoras M170 y una M160 por una suma total de alrededor de 8 millones de dólares [...]. En junio de 1976, la revista financiera estadounidense "Forbes"

señalaba la existencia de contactos "semioficiales" entre China y Estados Unidos para la compra de equipos militares y tecnología de fabricación. Según dijo un alto funcionario de los servicios de inteligencia estadounidenses interrogado por "Forbes", los chinos habrían tratado "de comprarnos helicópteros. Querrían tener equipo de guerra antisubmarino de concepción estadounidense. Siempre han manifestado interés por nuestros armamentos perfeccionados antitanques, sobre todo después de la guerra de octubre"».

En verdad, son demasiadas coincidencias. El mismo día del golpe de octubre de 1976, o al menos tres días después, Kissinger es informado en detalle por un alto funcionario chino, y tres días más tarde, el presidente de Estados Unidos aprueba la venta de armas de alta tecnología a Pekín. El 24 de octubre, Kissinger señala ante el mundo que si China es atacada militarmente, Estados Unidos estará de su lado.

Un largo camino desde el «histórico» encuentro entre Chu En-lai y Richard Nixon en 1972, cuando, en la cúspide del cianismo político, el primer ministro chino borró con el codo lo que su pueblo había escrito con sangre. Por otro lado, la visita de Nixon a Pekín en 1972 dejó también al descubierto la forma en que el grupo de izquierda derrotado en 1969 trataba de contragolpear, incluso introduciendo en los organismos de propaganda del partido artículos en contra de la política exterior de Chu.

El 30 de enero de 1972, firmado por Comentarista, seudónimo corrientemente utilizado por Mao Tse-tung en años anteriores, apareció en «Renmin Ribao» un artículo titulado *Comentario sobre los mensajes del presidente de Estados Unidos*, el cual señalaba: «Nixon retrató a Estados Unidos como "una fuerza en favor de la justicia", "una fuerza en favor del progreso" y "una fuerza en favor de la paz del mundo", alardeando una vez más que él iba a "edificar una generación de paz". Pero los mensajes mismos desenmascararon sus palabras melosas. En estos dos mensajes, en particular por lo que se refiere a la política exterior anunciada en ellos, se puede comprobar claramente que la camarilla dominante norteamericana no se resigna a su derrota y persiste todavía en su política de agresión y guerra».

El 21 de febrero del mismo año, en Pekín, el primer ministro Chu En-lai, en su discurso de bienvenida a Richard Nixon, planteó con claridad estremecedora la posición de su Gobierno

de no ser enemigos del imperialismo: «Hemos notado que en su discurso pronunciado antes de su partida para China, el presidente Nixon dijo a su vez que “lo que debemos hacer es encontrar una manera para que podamos tener discrepancias sin ser enemigos en la guerra”».

Chu «notaba» estas palabras, y, por lo mismo, aceptaba que entre el Gobierno del imperialismo norteamericano y el de Pekín sólo había «discrepancias»; por eso podían no ser enemigos en «la guerra».

Olvidadas quedaban las palabras escritas el 21 de abril de 1966, en el editorial de «Renmin Ribao» titulado *Gran victoria de la política externa de paz de China*: «Les decimos francamente: sea quien sea —los imperialistas de Estados Unidos o de otros países, los expansionistas hindúes o los reaccionarios de otros países—, mientras cometan agresión o se lancen a otras actividades criminales contra los pueblos, al pueblo chino estará decididamente junto a las naciones víctimas de agresión y los pueblos que luchan por una causa justa, prestándoles su firme apoyo. Cualesquiera que sean los riesgos y presiones, China no cambiará esta posición bajo ninguna circunstancia».

En el mismo instante que Chu En-lai pronunciaba su discurso de bienvenida a Nixon en 1972, los bombarderos estratégicos de Estados Unidos segaban las vidas de miles de mujeres y niños en el suelo de Vietnam, Camboya y Laos, y el aparato de poder del Pentágono y la CIA ponía en funcionamiento su plan de «desestabilización» de la economía chilena para sumir al pueblo de ese país, en un futuro próximo, en terribles sufrimientos.

Cuatro años más tarde, en 1976, Nixon fue invitado especialmente por el Gobierno chino a «celebrar» los cuatro años transcurridos desde su primera visita a Pekín. El 21 de febrero de 1976 llegó a Pekín en un avión especial del Gobierno chino que había ido a buscarle a su país. El 23 de febrero se entrevistó con Mao Tse-tung, ya agonizante, tembloroso, casi ciego y apenas audible. La información de «Renmin Ribao» decía: «Durante la entrevista, el presidente Mao estrechó la mano a cada uno de los huéspedes estadounidenses, les expresó la bienvenida en su visita a China, y sostuvo con el señor Nixon una *conversación amistosa* sobre una amplia gama de cuestiones. Al concluir la conversación, el presidente Mao rogó al señor Nixon que, de regreso a su país, transmitiera *los saludos de su parte al presidente Gerald R. Ford*».

El día anterior, el entonces primer ministro interino Hua Kuo-feng había ofrecido un banquete de bienvenida a Nixon, y en su discurso le dijo: «Es cierto que China y Estados Unidos tienen diferentes sistemas sociales e ideologías, y que existen divergencias de principio sobre no pocos problemas, pero en el mundo de hoy nuestros dos países tienen muchos puntos comunes». Y después de definir de esa manera tan palaciega las contradicciones antagónicas entre imperialismo y socialismo, Hua fue al núcleo de la cuestión: la alianza militar con Washington para derrotar a Moscú. «Aquel imperialismo con etiqueta de “socialismo” ha tendido sus tentáculos por todas partes, convirtiéndose ya en el principal foco de guerra. Para los pueblos del mundo, el único medio realista y eficaz para hacer frente a esta situación es agudizar su vigilancia, reforzar su unidad y hacer bien los preparativos para enfrentar la guerra. Se recuerda que en junio de 1972 el señor Nixon señaló que las ambiciones agresivas no se frenan con el idealismo. Hay que notar que ese expansionismo es miserable, siendo voraz en sus ambiciones, pero carente de fuerzas».

Nixon, tal vez impresionado con la recepción de héroe que le habían dado las autoridades chinas (300 funcionarios en el aeropuerto, avión de puerta a puerta, próxima recepción con Mao), coordinó un largo párrafo silvestre para dibujar la clase de «estrecha amistad» entre los gobiernos de Washington y Pekín: «En sus observaciones hechas esta noche, el primer ministro interino ha hablado con elocuencia de los plantones de secoya que tuvimos el honor de plantar hace cuatro años en la hermosa ciudad de Jangchou. Cuando mi hija Julie y su marido David Eisenhower volvieron de su viaje a China, nos contaron que les habían informado en Jangchou que más de 5.000 semillas habían sido obtenidas ya de esos plantones y que serían sembradas en toda China. Y cuando se les ofreció una cena al estar a punto de dejar China desde Shanghai, su anfitrión chino declaró que esas secoyas californianas constituían un símbolo de la amistad siempre verde entre China y Estados Unidos. Y esta noche espero y confío en que, en los años venideros, lo mismo que las gigantescas secoyas californianas, China y Estados Unidos crecerán fuertes y altos en su amistad».

Cuando el día 24 de febrero estaba en mi oficina traduciendo este discurso del inglés al castellano para “Pekín Informa”, no pude contener mi cólera y grité con todas mis fuerzas un grueso epíteto. Uno de mis colegas chinos me dijo: «No puede calificar

así a un huésped del Gobierno chino». Le expliqué que sí podía calificarle así, porque Nixon representaba el imperialismo norteamericano que había sumido a mi pueblo en un baño de sangre y terribles sufrimientos; que había ordenado asesinar con napalm y una feroz maquinaria de guerra a millones de vietnamitas, camboyanos y laosianos; que me parecía terrible que algún chino se enorgulleciera de que el más alto jerarca del imperialismo hubiera plantado secoyas en suelo socialista; y que, por último, me parecía inconcebible que ningún ciudadano chino se diera cuenta de que el Gobierno de Pekín estaba aliándose con todos los gobiernos más reaccionarios del mundo bajo la sombra de Washington. Mis exabruptos provocaron algunos silencios, pero después vino la explicación de mi compañero de trabajo:

—Nixon es ahora amigo de China, por eso lo recibimos bien... Además, él es un hombre que nació pobre y llegó a ser presidente de Estados Unidos. Sus padres eran campesinos pobres...

Mi sorpresa fue tanta que perdí toda capacidad de continuar encolerizado, y sólo atiné a preguntar de dónde había sacado esa información... ¡El ministerio de relaciones exteriores chino había publicado un folleto con la «biografía» de Nixon en la que se le retrataba, efectivamente, como hijo de campesino pobre, como honesto y «bien intencionado»; en fin, como «burgués progresista»!

Los aparatos de propaganda controlados por la burocracia civil-militar habían logrado convencer a millones de chinos de que el imperialismo estadounidense ya no era un peligro, y que su presidente, en 1972, era un «burgués progresista». Tal vez por eso cuando Nixon dio un paseo por la plaza Tiananmen, y se corrió la voz entre los transeúntes de que allí estaba, centenares de chinos se arremolinaron a su alrededor para gritar: «¡Viva Nixon! ¡Viva la amistad chino-norteamericana!» Y la mayoría: «¡Bienvenido a China, presidente Nixon!» Gente del pueblo, gente común, que se apresuraba a dar la mano a Nixon, a cambiar algunas frases de amistad con él. Un periodista norteamericano que vio estas escenas dijo: «Ahora Nixon aparece como en sus mejores tiempos de las campañas presidenciales».

Además de «campesino pobre», el señor Nixon era generoso, y los funcionarios chinos me demostraron con hechos su generosidad. En febrero de 1976 trajo un regalo muy útil al pueblo chino: una edición en dos tomos de *English Through Pictures*; 25.000 ejemplares que en su primera página dicen *Special edition*

for the People's Republic of China, pero que señala «Washington Square Press, 1st. edition, 1948; 48th edition, june 1973».

El 29 de febrero, el corresponsal de United Press International, Charles R. Smith, describía así la despedida de Nixon: «Cantón, China. El ex presidente Richard Nixon terminó su segunda visita a China el domingo con una sesión de apretones de mano en un parque público de Cantón [...]. Nixon saludó agitando la mano a una enorme multitud reunida cerca de la entrada [del aeropuerto]. Dejó Cantón a las 3.58 p.m. a bordo de un Boeing 707 de fabricación estadounidense perteneciente a la flota de la aviación civil de China. Nixon había almorzado en un hotel de Cantón antes de ir al parque popular Yue Siu en el corazón de la más grande ciudad del sur de China, para ver una exposición de flores de primavera. Los estrechos senderos en el parque estaban flanqueados por espectadores, la mayoría jóvenes, pero incluyendo a muchos padres con sus hijos en brazos. Nixon pasó más tiempo estrechando manos y acariciando las mejillas de algunos de los más pequeños que mirando las flores... A pesar de que casi fue aplastado por la multitud el sábado a su llegada, cuando trató de estrechar la mano a muchos, Nixon no pudo resistir [el domingo] y se acercó a la multitud para darles la mano... Nixon lucía mejor que en ningún otro de los ocho días de su muy animada visita».

Los nuevos amigos

En el rígido código diplomático del lenguaje oficial chino hay tres categorías para calificar las relaciones de su Gobierno con los extranjeros: la primera es de «camaradas», y se refiere a quienes los dirigentes chinos consideran marxistas; la segunda es de «amistosas», y se refiere a quienes son considerados como aliados en la lucha calificada por Pekín como revolucionaria anti-capitalista; y la tercera es de «francas», haciendo referencia a aquellos miembros de las clases enemigas del proletariado que mantienen conversaciones en algún momento con el Gobierno de Pekín.

Cuando en 1971 se iniciaron las conversaciones con Washington, con la visita de Kissinger, se utilizaba el calificativo de «francas» para las conversaciones entre ambas partes, pero a partir de 1973 se comenzó a utilizar la segunda categoría, «amistosas», con lo cual el Gobierno de Washington pasó a tener, para

los chinos, la posición de aliado en la lucha revolucionaria anti-capitalista.

Más todavía. En 1976, el grado de amistad llegó al punto de que el Gobierno de Pekín se sentía en libertad de ocultar a su pueblo las características de las relaciones con Washington, y de hacer informes confidenciales para los gobernantes de Estados Unidos. El 13 de julio de 1976, por ejemplo, el corresponsal de la agencia France Presse en Pekín informaba: «El senador Hugh Scott, líder de la minoría republicana en el senado de Estados Unidos, recibió de los líderes chinos la petición de presentar al presidente Gerald Ford sus "puntos de vista confidenciales" sobre las relaciones chino-estadounidenses... El senador Scott, que llegó aquí [a Pekín] para sondear, en nombre del presidente Ford, la actual posición china sobre puntos de interés chino-estadounidenses, dijo hoy, en una conferencia de prensa, que se había comprometido a no revelar los "detalles" de las opiniones que había oído durante su visita. El senador Scott, que hace su tercera visita a China, tuvo reuniones separadas hoy con dos líderes chinos: el viceprimer ministro Chang Chun-chiao y el ministro de relaciones exteriores Chiao Kuan-jua. Cada reunión duró dos horas... La agencia oficial Nueva China describió esta noche la reunión de Scott con el señor Chang como "franca" y "amistosa"... Interrogado por reporteros, el senador Scott dijo que sus conversaciones habían sido "muy fructíferas e interesantes"».

A partir de la alianza militar entre Pekín y Washington, que comenzó a desarrollarse desde fines de 1971, los ejemplos de «acción conjunta» para impedir los movimientos de liberación antiimperialista en el mundo son muchos. Quisiera examinar más de cerca uno, que puede ser tomado como ejemplo típico: el de las relaciones entre el Gobierno de Pekín y la junta militar chilena que derribó al Gobierno constitucional y asesinó al presidente Salvador Allende el 11 de septiembre de 1973.

El 29 de noviembre de 1975, «The New York Times» publicaba una entrevista del general Augusto Pinochet con el periodista estadounidense C. L. Sulzberger, en la cual el jerarca fascista reconocía que el Gobierno de Pekín había ofrecido un préstamo de 58 millones de dólares, y expresaba su confianza en sus amigos chinos: «Rusia y Cuba están tratando de recobrar su posición, para hacer de Chile la base sudamericana que fue durante Allende. Este país era entonces el centro de todas sus actividades a través del continente —para las guerrillas, para la distribu-

ción de fondos y para el envío de armas terroristas en toda Sudamérica—. Pero China, eso es otra cosa. China no ha participado en esto. *China se ha comportado bien*».

El 22 de diciembre de 1976, la agencia de noticias AFP informaba desde Bogotá, Colombia, de una entrevista televisada de Pinochet en el canal nacional de televisión, en la cual el director chileno había dicho: «Las democracias tradicionales están anticuadas. Ha aparecido un gigante que se llama marxismo-leninismo. En consecuencia, si no se actúa con solidez y unidad, el marxismo se infiltra y se acaba la democracia».

E inmediatamente después, el despacho de AFP agregaba: «Pinochet también defendió las relaciones con China comunista y dijo que son ampliamente satisfactorias para ambos países, especialmente por el respeto de Pekín a los asuntos internos chilenos y el alto volumen del intercambio comercial, que permitió el año pasado a Chile exportar 12 millones de dólares a los mercados chinos».

El 23 de abril de 1977, el diario chileno «El Mercurio», portavoz semioficial de la junta militar chilena y órgano de expresión de los monopolios industriales y comerciales del país informaba: «Un crédito por aproximadamente 62 millones de dólares [moneda actual] concedió la República Popular China al Gobierno de Chile, mediante un convenio aaprecido en el “Diario Oficial”. El préstamo se materializó dentro del marco de un convenio de cooperación económica y técnica suscrito por el Gobierno pasado, el 8 de junio de 1972... El préstamo es “libre de interés y sin ninguna condición adicional ni privilegio”. “El Gobierno de la República Popular China —señala el documento conocido ayer— proporciona el mencionado préstamo con el objeto de ayudar al Gobierno de la República de Chile en la construcción de plantas completas, para realizar la cooperación técnica y para el suministro de maquinaria y equipos. Las operaciones concretas serán acordadas posteriormente mediante consultas entre ambos gobiernos. El Gobierno de la República de Chile devolverá por cuotas el monto utilizado del préstamo en diez años, comprendidos entre el primero de julio de 1982 y el 30 de junio de 1992, mediante la entrega de mercancías de exportación chilenas acordadas por los dos gobiernos, reintegrando por año una décima parte del monto del préstamo utilizado... En caso de dificultades para el cumplimiento de las amortizaciones en los plazos estipulados, éstos podrían ser prorrogados, previas consultas mutuas entre ambos gobiernos”. El

acuerdo establece además que, según sea necesario, China enviará personal técnico a Chile para prestar asistencia en la ejecución de los programas que se financien con estos recursos. Por otra parte, el nuevo embajador de Chile en Pekín, Sergio Huidobro, había reconocido que existen conversaciones para una nueva operación crediticia con el país oriental, por un monto de 50 millones de dólares».

Estos préstamos de Pekín a la dictadura anticomunista, antidemocrática y proimperialista de Pinochet, hacían un marcado contraste con la actitud del mismo Gobierno de Pekín con el Gobierno constitucional, democrático, izquierdista y antiimperialista de Salvador Allende en 1973. El 3 de febrero de ese año, el primer ministro Chu En-lai escribió una carta a Salvador Allende en la cual se negaba a prestar ayuda adicional al Gobierno chileno (que la había pedido porque el cerco económico impuesto por Washington estaba poniendo en peligro la estabilidad sociopolítica del país), diciendo que China no podía ayudar a Chile por «los compromisos adquiridos de ayudar a los pueblos de Vietnam e Indochina en su lucha liberadora, así como de algunos otros compromisos». La carta iba más allá, y Chu «sugería» a Allende que no tomara apresuradamente medidas anticapitalistas (es decir, antiimperialistas para el caso chileno) porque «solamente actuando en una forma preparada y gradual se puede alcanzar paso por paso el objetivo de cambiar la fisonomía de economía atrasada y mejorar las condiciones de vida del pueblo. Es muy peligroso apoyarse en la ayuda exterior, particularmente en los créditos que conceden las grandes potencias». Esta carta fue publicada por el Gobierno chileno de la época, el 23 de julio de 1973, junto con una respuesta de Salvador Allende.

Este incidente epistolar parece confirmar las sospechas de que el golpe militar del 11 de septiembre no cogió de sorpresa a la embajada china en Santiago, la cual, al parecer, ya tenía instrucciones de Pekín de cómo comportarse cuando ocurriera el golpe militar. Lo que quiero decir es que el Gobierno de Chu En-lai se unió a la campaña de «desestabilización» de la economía chilena planificada por el Pentágono y la Casa Blanca, para provocar la caída del régimen Allende a manos de una dictadura militar que asegurara el dominio de su aliado, Estados Unidos, en el sur del continente latinoamericano.

Por eso, cuando después del 11 de septiembre de 1973 la embajada china en Santiago cerró sus puertas a los refugiados,

su actitud de apoyo a los militares que estaban asesinando al pueblo chileno fue tan clara que, como ya dije, fue la *única* embajada en la capital chilena que permaneció sin custodia militar. Incluso más, los funcionarios diplomáticos de la «república popular» se negaron a prestar ayuda a decenas de izquierdistas chilenos que se la solicitaron para salvar la vida.

La condena a muerte de muchos de los que golpearon vanamente las puertas de la embajada china en busca de ayuda y fueron empujados contras las bayonetas fascistas, tuvo en Pekín una dimensión mucho más cínica de parte de las autoridades chinas. El 11 de octubre, la agencia Reuter informaba desde la capital china: «El embajador Armando Uribe, que la semana pasada declaró, lanzando un reto al Gobierno militar en Santiago, que conservaría aquí la embajada, fue llamado ayer por la tarde al ministerio de asuntos exteriores, donde le notificaron que ya no le consideraban embajador de Chile en China. Hubo que suspender la ceremonia de homenaje que debía tener lugar hoy en la embajada, un mes después de haber perecido el presidente Salvador Allende en las ruinas llameantes del palacio presidencial en Santiago».

El 18 de octubre, el periódico checoslovaco «Rude Pravo» escribía: «El embajador de la República de Chile en la RPCH, Armando Uribe, ha abandonado Pekín porque las autoridades maoístas anularon sus credenciales. Mejor dicho, han expulsado del país al embajador; caso muy raro en las relaciones internacionales. Por lo general, los gobiernos recurren a tales medidas en casos extremos. El supuesto motivo de su expulsión fue una conferencia de prensa que Uribe dio en Pekín el 6 de octubre, donde caracterizó los sucesos de Chile como golpe fascista. De su declaración, la prensa china no publicó ni una sola línea... Después, las instancias maoístas reconocieron como representante de Chile en China a un diplomático que se había pasado al lado de los putchistas. Por supuesto, los maoístas aprovecharon la conferencia de prensa del embajador A. Uribe como pretexto para expulsarle, puesto que la verdadera causa de esa acción es la actitud hacia los putchistas, con quienes Pekín es tan solidario como Washington o Londres... La Junta siente cada día más el profundo aislamiento internacional en que se encuentra. Por eso los fascistas chilenos saludan con tanta satisfacción ese gesto de los maoístas, gesto que denota la hipocresía maoísta, pues no hace mucho juraban en sus declaraciones solidaridad con el Gobierno de Allende. Un gesto que de

hecho es una puñalada por la espalda a la revolución chilena».

En la misma fecha, el Gobierno de Pekín ya estaba ofreciendo decididamente su apoyo político a la junta militar, cuando en Ginebra, en una reunión de las Naciones Unidas, se votaba la aprobación de una resolución para ayudar a los refugiados chilenos... ¡Las delegaciones de China y Estados Unidos se retiraron de la sala!

Un año más tarde, el 24 de octubre de 1974, cuando en Nueva York la Asamblea de la ONU aprobó por 83 votos a favor, 9 en contra y 21 abstenciones (entre ellas la de Estados Unidos), una resolución sobre «protección de los derechos humanos en Chile», el delegado chino abandonó la sala para no votar, diciendo a los periodistas que no votaba porque «Chile está situado en una zona de confrontación de las dos superpotencias», aludiendo a la Unión Soviética y Estados Unidos.

El 3 de noviembre, en el diario «El Mercurio», el delegado chileno ante las Naciones Unidas, Onofre Jarpa (jefe del partido nacional, ex miembro del partido nazi chileno que se disolvió en 1942, ultraderechista), declaraba que «es muy significativo que la República Popular China haya declarado que no se prestaba para estas comedias».

El 1 de junio de 1975, el diario «El Mercurio» entrevistó al general Pinochet, el cual dijo que «el Gobierno de Chile es categóricamente anticomunista... Pero ello no nos impide, por ejemplo, mantener cordiales relaciones con la China Popular, o con Rumania, sobre la base de que ni ellas pretenden alterar nuestra definición doctrinaria, ni nosotros nos entrometeremos en la suya».

Naturalmente, en septiembre de 1975 la delegación china volvió a ausentarse de la asamblea de las Naciones Unidas cuando se trató de condenar a la junta militar chilena por sus reiteradas violaciones de los derechos humanos, que tienen la forma de prisión, tortura y muerte para decenas de miles de ciudadanos acusados de... marxistas. Y así lo ha hecho hasta ahora, dando total apoyo a Pinochet en los organismos mundiales.

Sin duda, el momento mejor del apoyo de Pekín a Pinochet se dio en septiembre de 1975, cuando una misión económica especialmente designada por los dictadores militares viajó a la capital china, encabezada por Ricardo Claro. En el primer número de octubre de 1975 del semanario fascista chileno «Qué Pasa», con el título *La «Misión Marco Polo»*, se publicó una entrevista a Claro:

—Viajé a China con mi señora y Octavio Errazuriz, subdirector de la Academia Andrés Bello, quien colaboró muy eficazmente [con fecha 31 de julio, el presidente Pinochet había designado a Ricardo Claro embajador extraordinario y plenipotenciario ante la República Popular China]. Fui recibido en forma realmente extraordinaria, siendo declarado huésped oficial por el ministerio de comercio exterior. Me dieron una *suite* de grandes dimensiones, con televisión y refrigerador, en el Hotel Pekín International. Pusieron a mi disposición un automóvil y una intérprete, y lo mismo hicieron con mi señora. Los chinos son extraordinariamente cordiales y caballerosos... *Cabe señalar que el presidente De Gaulle es allí tal vez el occidental más admirado, y que Strauss, el líder de la Unión Social Cristiana Alemana, tuvo un éxito resonante en su reciente gira a Pekín...* Con la franqueza es fácil conversar y negociar con los dirigentes de la República Popular China. En mis entrevistas en el ministerio de comercio exterior, en el ministerio de relaciones exteriores y en el ministerio de relaciones económicas con el exterior, siempre empecé diciendo: «A pesar de que nuestros sistemas políticos y nuestra ideología son muy diferentes, sobre la base de un auténtico respeto mutuo podemos hacer tales o cuales cosas».

PREGUNTA: Pero, ¿usted cree que los chinos respetan el principio de la no intervención?

RICARDO CLARO: Absolutamente. No se puede confundir la actitud detestable de los rusos, de sus satélites europeos y de los títeres que tienen en el Caribe con la posición seria y definida de China en esta materia. Usted ha podido observar cómo en la reciente presentación de credenciales de la delegación chilena en la ONU, Rusia y uno de sus lacayos rechazaron a nuestros delegados, mientras la República Popular China votaba en forma favorable.

PREGUNTA: ¿Es realmente efectiva la pugna entre los soviéticos y los seguidores de Mao?

RICARDO CLARO: No cabe ninguna duda. Las expresiones que emplea, con justa razón, el general Pinochet con respecto a los rusos, son suaves comparadas con las que se utilizan en Pekín... Lo que pasa es que los rusos son hipócritas, practican la intervención en los asuntos internos de otros países y financian la subversión a escala mundial, mientras que China cree en la coexistencia pacífica y practica, entre otros, el principio de no intervención ya citado y el de respeto mutuo.

PREGUNTA: ¿La diferencia estaría en que los rusos son imperialistas y los chinos no?

RICARDO CLARO: Efectivamente, los rusos constituyen el más podrido imperialismo, denominado en Pekín, en tono burlesco, el «socialimperialismo». Los chinos tienen un estilo enteramente diferente... El ministerio de comercio exterior chino ofreció durante las negociaciones aumentar las importaciones de cobre y de salitre... Por otra parte, como nuestro comercio exterior funciona actualmente sobre la base de empresarios privados, obtuve una invitación abierta para que personeros de este sector —y del sector estatal— visiten la feria de Cantón. Estoy cierto que conociendo la buena calidad de los productos chinos se podrán concretar importaciones de interés para ambas naciones.

El 26 de octubre, Claro dio una conferencia de prensa en Santiago, para señalar los resultados de la misión a China. El diario «El Mercurio», en su edición del día 27, explicaba: «Cobre, salitre y varios productos químicos y manufacturados se venderán a China, como resultado de la misión. “Esta misión económica se preocupó, además, de estrechar vínculos económicos, culturales y deportivos y no, como equivocadamente se ha dicho, de restablecerlos, ya que *las relaciones entre Chile y la República Popular China se han mantenido excelentes*”, dijo Claro. Precisó, asimismo, que en esta oportunidad se examinaron con diversas autoridades del Gobierno de Pekín las fórmulas y medios para intensificar y diversificar el contacto económico y comercial entre ambas naciones. “Los resultados de ese examen son muy alentadores”, agregó... Por otra parte, Ricardo Claro dijo también que durante su permanencia en Pekín tuvo oportunidad de comprobar el excelente estado en que se encuentran las relaciones diplomáticas bilaterales. Citó como ejemplo el hecho de que los boletines de prensa oficiales de la República Popular China no se hacen eco de las campañas antichilenas desatadas en Moscú, sino que, por el contrario, acusan a la Unión Soviética de movilizar tropas en la frontera ruso-china y de enviar activistas a su territorio».

Y, en realidad, Claro tenía razón al estar optimista. El mismo día de su llegada a Chile, el 25 de octubre, el Gobierno de Pinochet anunciaba que «un convenio para la venta a la República Popular China de 20 mil toneladas de salitre fue firmado en la tarde de ayer [...], la República Popular China pagará en mo-

neda dura [...]. China continental envía un barco especial para transportar el salitre desde territorio chileno a ese país [...]. La empresa salitrera [chilena] había debido restringir sus programas de ampliación de la producción debido a las dificultades recientes del mercado mundial de fertilizantes».¹

El jueves, 20 de noviembre, otra gran noticia: «La República Popular China aumentará sus compras de cobre en Chile el próximo año, de acuerdo con lo que informó ayer... El gerente general de Corporación del Cobre, Gastón Frenz, señaló que este año China adquirió 8.000 toneladas, y que se propone comprar 14.000 en el primer semestre de 1976 y 20.000 en el segundo».

En suma:

a) *El Gobierno de Pekín, para ayudar al Gobierno de Pinochet en el aspecto económico, triplicó sus compras de cobre; duplicó sus compras de salitre; permitió una balanza de pagos favorable a Chile de 12 millones de dólares en 1976, y concedió préstamos por 120 millones de dólares a largo plazo y sin interés y una promesa por 50 millones de dólares más... Medidas estas que negó al Gobierno de Allende en 1973, cuando ese régimen necesitaba ese tipo de apoyo como cuestión de vida o muerte frente a la embestida de los grandes consorcios imperialistas y el Pentágono.*

b) *En apoyo político, el Gobierno de Pekín ha defendido en todos los organismos internacionales al Gobierno de la junta militar contra los esfuerzos de otros gobiernos por ayudar de algún modo a los ciudadanos chilenos que sufren por la política de genocidio antimarxista desatada por los generales golpistas.*

Sin embargo, toda esta historia no la conoce el pueblo chino. Durante todo el tiempo que se han desarrollado felizmente las relaciones Pekín-fascismo chileno, yo viví en China, y ninguna información se dio al pueblo de ese país. Incluso más, cada vez que yo me entrevistaba con responsables del consejo de gobierno o del comité central del partido comunista para exigirles explicación por los acuerdos comerciales con la junta o su conducta en los organismos internacionales, la respuesta era invariable: «Eso no es cierto... No tenemos ningún trato especial con el Gobierno de Santiago... No hemos aumentado el comercio... Nuestra actitud ante las votaciones en las Naciones Unidas es una actitud de principios».

En julio de 1975 fue a visitarme al hospital donde estuve internado dos meses, el ex embajador en Santiago, Lin Ping, actual director del departamento de asuntos americanos y de Oceanía del ministerio de relaciones exteriores. Conversamos más de dos horas sobre el tema obligado. Volví a repetirle lo que ya les había dicho a otros dirigentes chinos de más alto nivel: que me parecía que el apoyo a Pinochet era un apoyo a la contrarrevolución en Chile; que así como habían apoyado a Sihanouk, por motivos geopolíticos, y señalaban que el reconocimiento soviético al grupo militar de Lon Nol era una traición al pueblo camboyano, yo creía que el apoyo al grupo militar de Pinochet era una traición a mi pueblo. En este punto, Lin Ping me dio una respuesta sorprendente:

—Si Allende hubiera huido de Chile y hubiera formado un Gobierno en el exilio, seguramente nuestro Gobierno le hubiera reconocido a él y le habría ayudado a derribar la junta.

Lo que más se acercó a una explicación racional en sus palabras fue su afirmación de que «la política exterior es muy compleja; necesitamos aislar a los socialimperialistas en el mundo, y parece que debemos unirnos con príncipes y demonios». «Y, mientras tanto, ¿qué pasa con los pueblos que luchan por su libertad?», pregunté. «Bueno, en el futuro esos pueblos comprenderán nuestra actitud», respondió. Nunca más volví a recibir la visita del señor Lin Ping, con el cual me unía una amistad de diez años, hasta la víspera de año nuevo de 1977, en el banquete anual ofrecido a los «trabajadores extranjeros», esa vez por Li Sien-nien. Allí, al pasar, me prometió una visita para el futuro... Él ya sabía que me habían notificado la expulsión, pero no mencionó el hecho. Tampoco me acompañó en un brindis que hicieron una amiga italiana y un amigo norteamericano «por el triunfo de la revolución chilena contra el imperialismo yanqui y el fascismo de Pinochet».

Lo más interesante de esa conversación con el señor Lin Ping en el hospital «La Capital» de Pekín, fue que él me sugirió que no tuviera ningún contacto epistolar con los dirigentes de la Unidad Popular en el exilio, con los miembros de los partidos «revisionistas» chilenos. Yo le expliqué que no me parecía un buen consejo, porque si Pekín justifica aliarse con príncipes y demonios, yo justificaba mucho más tratar de ayudar a mi pueblo teniendo contactos con quienes estaban luchando contra el fascismo y el imperialismo. Lin Ping reiteró que tomara en serio su sugerencia, y agregó: «Por ejemplo, Armando Uribe es

una mala persona» (se refería al ex embajador en Pekín, nombrado por Allende). Yo respondí: «Para mí, Armando Uribe es un patriota que luchó por su pueblo».

Al mes siguiente, en agosto, ya convaleciente en mi casa, recibí la visita de la comisión de enlace internacional del comité central del partido, en la cual me fue comunicado que para ellos yo había dejado de ser «camarada» y pasaba a integrar la categoría de «amigo». Pregunté por qué, y me dijeron que por mi actitud hacia la política exterior del Gobierno chino.

El 12 de septiembre de 1975 (que corresponde al día 11 en el hemisferio occidental) estábamos mi esposa y yo escuchando por la radio, en mi oficina, el programa «Escucha, Chile», de Radio Moscú, cuando la puerta se abrió y entró la directora de las ediciones en lenguas extranjeras de «Pekín Informa» (Bei Jing Zhou Bao), para darnos un ultimátum: «He sabido que usted ha estado escuchando Radio Moscú. Eso es considerado por la dirección de Ediciones en Lenguas Extranjeras una actitud inamistosa hacia China». Expliqué que estaba escuchando un programa sobre Chile, que me interesaba conocer las noticias de la lucha de mi pueblo contra el imperialismo y el fascismo. La seca respuesta fue: «Usted conoce perfectamente bien cuál es nuestra línea política en relaciones exteriores. Le reitero que ésta será la última vez que toleraremos que usted escuche Radio Moscú en su oficina. Y repito que la dirección considera su actitud como inamistosa hacia China».

Naturalmente, como resultaba oficialmente inamistoso tratar siquiera de saber noticias sobre la lucha del pueblo chileno contra los dictadores y sus patrones internacionales, mi esposa y yo vimos reforzada nuestra decisión tomada el año anterior, y rechazamos sistemáticamente toda invitación del Gobierno chino a actos, oficiales o no, programados para «estrechar la amistad».

Esta especie de locura furiosa por tratar de justificar las relaciones entre la dictadura militar chilena y Pekín por parte de la burocracia civil-militar llegó a un punto increíble en junio de 1976. Ese día, la agencia Sinjua, en su despacho 060103, transmitía lo siguiente: «El Gobierno de Kampuchea y el Gobierno del Perú han decidido establecer relaciones diplomáticas a nivel de embajador desde el 31 de mayo de 1976, según un comunicado de prensa difundido ayer por Radio Kampuchea Democrática. Las relaciones diplomáticas fueron establecidas de acuerdo con los principios de igualdad, respeto mutuo por la indepen-

dencia, soberanía e integridad territorial y no intervención en los asuntos internos de cada parte, y de acuerdo con el desarrollo de las relaciones y el fortalecimiento de la amistad y cooperación entre los países del tercer mundo y no alineados. *El Gobierno de Kampuchea y el Gobierno de Chile también establecieron relaciones diplomáticas a nivel de embajadores de acuerdo con los mismos principios, dice otra información».*

El 7 de junio, el boletín editado en Argel, «Resistance», afirmaba: «Los ministros de relaciones exteriores de los 17 países miembros del buró de coordinación de los países no alineados, así como también las numerosas delegaciones que han asistido como observadores a las sesiones que terminaron en la madrugada del 3 de junio, tomaron conocimiento de una *nueva maniobra imperialista que afecta al Gobierno revolucionario de Camboya Democrática y al pueblo chileno.*

»Una información difundida por las agencias de prensa occidentales llegó al Hotel Aurassi, donde tuvieron lugar los debates.

»Esa información precisa que el Gobierno de Phnom Penh habría establecido relaciones diplomáticas con el Perú y la junta fascista chilena.

»Un cable de la agencia France Presse, reproducido por el diario «Le Monde» habría recibido esta información por un telex de la Agencia Sinjua (Nueva China), que a su vez afirma haberla escuchado en Radio Phnom Penh.

»La falsa información ha obligado al jefe de la delegación de Camboya Democrática, Thioun Prasith, a pedir la palabra durante la sesión plenaria de la mañana para desmentirla enérgicamente. Declaró: «La delegación de Camboya Democrática no tenía la intención de tomar la palabra en la reunión del buró de coordinación, dado que su posición en lo que concierne a las cuestiones inscritas en el orden del día es ya conocida por todos. Pero frente a la campaña de denigración lanzada contra la lucha de nuestro pueblo y *fomentada* por ciertas agencias occidentales de información, nuestra delegación querría aprovechar esta ocasión para desmentir formalmente una reciente información de esas agencias de prensa según la cual el Gobierno de Camboya Democrática habría establecido relaciones diplomáticas con el régimen actual de Chile. Precisamos una vez más que nuestro Gobierno y nuestro pueblo rompieron relaciones con ese régimen traidor al día siguiente del golpe de Estado fascista, y no hemos tenido después ningún contacto. Queremos renovar la solidaridad efectiva y fraternal del pueblo de Cam-

boya Democrática con la valerosa lucha librada actualmente por el pueblo chileno hacia la restauración del régimen democrático y progresista en Chile. El pueblo de Camboya Democrática ha apoyado siempre la lucha del pueblo chileno considerándola como parte integrante de la lucha de los pueblos contra el imperialismo, el colonialismo, el neocolonialismo, el racismo y el sionismo. Nuestro pueblo, que ha hecho grandes sacrificios y que ha dado su sangre para liberarse de la junta [la de Lon Nol], del imperialismo estadounidense durante la guerra de liberación nacional, ha condenado resueltamente al imperialismo, que derribó al Gobierno del presidente Allende e impuso el actual régimen fascista del pueblo chileno.

»El representante de Camboya Democrática concedió una entrevista cordial, en seguida, al jefe de la delegación de la resistencia chilena, que asistía como observador a la reunión del buró de coordinación de los países no alineados. En el curso de esa entrevista, Orlando Letelier [que más tarde sería asesinado en Washington por agentes de la policía secreta de Pinochet], ex ministro de relaciones exteriores y último ministro de defensa del Gobierno de Allende, señaló que la resistencia chilena no había dado ningún crédito a esa noticia tomando en consideración la larga solidaridad mutua entre los dos pueblos. Letelier recordó que él había recibido, en su calidad de ministro de relaciones exteriores, al primer embajador de Camboya Democrática en Chile después del establecimiento de relaciones entre el Gobierno popular chileno con el Gobierno revolucionario provisional de Camboya mucho antes de la victoria final. Thioun Prasith señaló a su vez que *esta mentira era parte de la campaña del imperialismo contra Camboya Democrática, que podía establecer relaciones con el Gobierno progresista de Perú, pero no con regímenes títeres como el de Pinochet, que sirve a los mismos intereses imperialistas que la camarilla de títeres aplastada por el pueblo camboyano*.

Naturalmente, estos duros comentarios del delegado camboyano no aparecieron en la prensa china. La agencia Sinjua, en todo caso, se limitó a poner, al final de su transmisión por teletipo para sus oficinas en el exterior, el día del despacho de su información falsa: *«Correction, correction: please cancel item 060103 rpt 060103 and correction»*.

Cuando días después pregunté a mis compañeros chinos cómo se podía explicar una noticia así en la agencia oficial. Me contestaron: «Sabotaje de los enemigos de clase». Yo comen-

té: «Entonces la relaciones del Gobierno chino con Pinochet también se podría decir que son sabotaje de los enemigos de clase». No hubo comentarios.

El 9 de septiembre de 1976, el dictador chileno enviaba un mensaje de condolencias a Hua Kuo-feng, cuyo texto daba la dimensión exacta del camino recorrido por el Gobierno chino en la renuncia de los principios proletarios a cambio de sentirse bajo la protección del paraguas nuclear estadounidense: «Ante el sensible fallecimiento del ilustre estadista Mao Tse-tung, reciba vuestra excelencia nuestras expresiones de sinceras condolencias, en nombre del pueblo y Gobierno de Chile, como en el mío propio.

»La preclara figura del gobernante fallecido que proyectó en vuestra nación una trayectoria de prosperidad y desarrollo, ha pasado ahora a la historia de la humanidad».

Pero en muy mala compañía, podría agregarse, aunque constituya una irreverencia con los difuntos.

Pinochet declaró tres días de duelo nacional, y los homenajes oficiales en Santiago fueron magnos.

Para el ciudadano común de China, estos homenajes de Pinochet a Mao, difundidos en «Renmin Ribao», la televisión y Radio Pekín, no eran más que parte de los homenajes que «los amigos» de China hacían a su líder. Desde 1973, la burocracia civil-militar de Pekín había cuidado de no informar absolutamente nada de lo que había ocurrido en Chile, y mis rastreos de opinión pública me llevaron a descubrir tres categorías de conocimientos acerca de Chile:

- a) Los que no tenían la menor idea de que Allende había sido derribado del Gobierno, los cuales constituían una minoría.
- b) Los que conocían el golpe de Estado, el asesinato de Allende, y el carácter fascista, anticomunista y proimperialista del Gobierno de Pinochet. Éstos eran una ínfima minoría que, además, no se atrevían a expresar su opinión sobre el tema en presencia de otro ciudadano chino.
- c) Los que afirmaban que el Gobierno de Pinochet era mejor que el Gobierno de Allende, porque «liberó al pueblo chileno del yugo del socialimperialismo». Ésta era la abrumadora mayoría.

Está de más decir que en todas las revistas y periódicos no chinos llegados a los departamentos de propaganda centrales

eran censurados los artículos que tenían que ver con el apoyo de China a los gobiernos más reaccionarios de la Tierra.

Los tres mundos

Uno de los puntos de referencia que más luz proyecta sobre la política «pragmática» de la burocracia civil-militar seguida en las relaciones exteriores de su nación, aun a costa de la libertad, el sufrimiento y el asesinato masivo de otros pueblos, es el desarrollo de la amistad de los líderes de Pekín con el ex presidente Nixon y con su ex ministro de defensa, James Schlesinger.²

Con ambos y con Henry Kissinger, Chu En-lai y su grupo discutieron y pusieron en práctica uno de los planes de «gran política global» más siniestros de la historia contemporánea: forzar al Gobierno de la República Democrática de Vietnam a ir a la mesa de conversaciones en París para que Estados Unidos realizara su proyecto de «vietnamización» de la guerra en esa parte de Indochina, y así pudiera dedicar la parte principal de su peso militar y económico a «contener» a la Unión Soviética en Europa.

Para Chu En-lai y quienes pensaban como él, el centro de la alianza con Estados Unidos consistía en equilibrar las fuerzas chinas con la Unión Soviética. Para conseguir eso necesitaba que la Unión Soviética no tuviera pretexto para centrar su poderío militar hacia el oriente. La guerra de Indochina, con la presencia masiva de tropas estadounidenses en el sur de Vietnam y en Camboya, era ese pretexto. Ambos pueblos, el vietnamita y el camboyano, sostenían la tesis de una guerra de liberación hasta el fin. Para la burocracia de Pekín, entonces, el primer paso era obligar a las partes indochinas a que se sentaran a la mesa de negociaciones. Su ofrecimiento a Nixon fue claro después de febrero de 1972: Pekín ejercía su influencia diplomática sobre Hanoi y Sihanouk, dejaba las manos libres a Estados Unidos para que aplastara los movimientos democráticos en América latina (principalmente en Chile y Uruguay), apoyaba a los movimientos políticos satélites de Washington en África, y permitía que Estados Unidos concentrara su presión antisoviética en Europa. En suma, el traslado del centro de la disputa desde Asia oriental a Europa.

Por su parte, el Gobierno de Washington, a fin de «empujar

a Hanoi» a París, se comprometía a utilizar el máximo su poderío bélico para «quebrar la columna vertebral de la resistencia vietnamita».

Cuando Nixon dejó Pekín en febrero de 1972, los abrazos de amistad con Chu En-lai eran el prólogo de la muerte para centenares de miles de indochinos.

16 de abril: se desatan ataques aéreos masivos de Estados Unidos contra Hanoi y Jaiphong, esta última bombardeada por aparatos estratégicos B-52.

8 de mayo: Richard Nixon da la orden de minar y bloquear todos los puertos marítimos de la República Democrática de Vietnam.

15 de mayo: un portavoz del Pentágono declara que Estados Unidos ha minado (es decir, sembrado de minas lanzadas desde aviones) también los ríos principales de la parte norte de Vietnam.

11 de octubre: ataque aéreo masivo contra Hanoi, en el cual es demolido el edificio que ocupa la delegación general de la república francesa.

18 de diciembre: Nixon ordena bombardeos masivos sobre Hanoi, Jaiphong y otras localidades del norte de Vietnam. Del 18 al 19 de diciembre, las misiones de ataque de las fuerzas armadas estadounidenses están compuestas de 500 a 700 aviones tácticos, y de 130 a 150 bombarderos estratégicos B-52... diariamente. Los más brutales ataques aéreos sobre poblaciones civiles vistos desde la segunda guerra mundial. Escuelas, hospitales, barrios obreros y aldeas campesinas son borrados del mapa.

27 de enero, 1973: se firma solemnemente en París el acuerdo sobre el fin de la guerra y el restablecimiento de la paz en Vietnam.

26 de febrero: se abre en París la primera sesión de la Conferencia internacional sobre Vietnam.

2 de marzo: se firma el acta de la Conferencia internacional de París.

29 de marzo: el último soldado de las fuerzas expedicionarias de Estados Unidos deja el sur de Vietnam.

La amistad forjada en Pekín en febrero de 1972 había dado sus frutos un año después de sellada. A costa de la casi demolición de todo un país, República Democrática de Vietnam, el grupo de Chu había conseguido preparar las condiciones para que el centro de «la disputa por la hegemonía entre USA y la

URSS» comenzara a trasladarse a Europa y la presión en sus fronteras con la Unión Soviética se aliviara.

Conseguido el primer objetivo, el grupo de Chu tenía que cumplir también su parte del compromiso de Shanghai (Comunicado de Shanghai, como ha pasado a formar parte de la historia china el compromiso firmado en esa ciudad por Richard Nixon y Chu En-lai en febrero de 1972) y, entre otros muchos actos semejantes, se sumó al cerco económico que Washington ejercía sobre el Gobierno de Allende para derribarlo y reemplazarlo por una dictadura títere. Al mismo tiempo, comenzó un rápido acercamiento a los gobiernos de Brasil, México, Venezuela, Argentina, Uruguay y Bolivia, bajo la línea general de «con Washington en contra de Moscú»... línea que, automáticamente, ponía al Gobierno de Pekín en la lucha antipopular y anticomunista en todo el continente.

En Africa también han cumplido su compromiso. El caso más destacado es el de su posición en la lucha de liberación del pueblo angoleño.

En junio de 1974, la agencia France Presse informaba que «un equipo de instructores militares chinos llegó a esta ciudad [Kinshasa, la capital de Zaire, gobernada por el dictador Mobutu, asesino del patriota congoleño Patrice Lumumba a comienzos de los años sesenta] para comenzar el adiestramiento de unidades del Frente Nacional de Liberación de Angola».³

En la lucha por la liberación de Angola había tres movimientos: el MPLA, dirigido por Agostinho Neto, que había tenido asistencia china hasta antes de la alianza militar Pekín-Washington; el FNLA, dirigido por Holden Roberto, que tenía asistencia de la CIA de Estados Unidos, incluyendo sueldo mensual para Roberto; y el UNITA, dirigido por Jonas Savimbi, también con apoyo de la CIA, como fue demostrado en las investigaciones del senado norteamericano en 1976. Tanto el FNLA como el UNITA se definieron desde un comienzo como «anticomunistas». El Gobierno de Pekín comenzó a apoyar a estos dos grupos, militar y financieramente, sin reservas, desde 1973.

«The Manchester Guardian Weekly», en su edición del 7 de junio de 1975, afirmaba que «hay instructores chinos adiestrando al declarado antimarxista FNLA en la ciudad de Kinkusu, con la esperanza de contrabalancear la influencia de un MPLA prosoviético». Informaciones aparecidas en abril de 1975, en la revista «Jeune Afrique», indicaban que los chinos también estaban adiestrando tropas del FNLA en la capital de Tanzania,

Dar-es-Salaam. El «Washington Post», el 4 de septiembre de 1975, decía que los chinos «han enviado tanques y artillería pesada tanto para el FNLA como para el UNITA». Lo mismo afirmaba «The New York Times» el 14 de noviembre del mismo año. Según una información de este mismo periódico, el 24 de agosto de 1975, dirigentes del FNLA habrían declarado que China incluso había proporcionado pilotos para manejar sus aviones de combate Mirage entregados por Francia.

El 5 de diciembre de 1975, el diario francés «Le Monde» citaba a funcionarios norteamericanos que daban testimonio del apoyo de China al FNLA y la UNITA: «Desde la primavera nosotros [Estados Unidos] hemos dado una ayuda mínima a los movimientos anticomunistas [en Angola], porque nos sentimos seguros dejando que los chinos hagan el trabajo en el terreno».

El 14 de diciembre del mismo año, «The New York Times» citaba declaraciones de Holden Roberto, el jefe del FNLA: «Todas mis tropas han sido adiestradas por los chinos». Hay que recordar que un mes antes, el mismo Holden Roberto había declarado que el FNLA «jura exterminar a todos los comunistas de Angola» (ver «African Development», número de noviembre de 1975).

El 26 de enero de 1976, Jonas Savimbi, jefe del UNITA, aparecía en «The New York Times» diciendo que estaba seguro de que derrotaría a «las tropas mercenarias cubanas» porque «tenemos expertos adiestrados en China concentrados en el desarrollo de nuestras tácticas guerrilleras».

En Asia Occidental, el pivote de la estructura militar de Washington es la monarquía en Irán. El Sha de Irán es una especie de «gendarme por presencia» en la zona, una pieza de la maquinaria militar del Pentágono. No necesito caracterizar el Gobierno del Sha, que se compara con honores con el de Pinochet en Chile, por lo menos en el grado de brutalidad contra el pueblo. Pues bien, el Gobierno de Pekín cultiva la amistad más estrecha con el Sha para cumplir su compromiso con Nixon.

A poco más de un mes del asesinato del mariscal Lin Piao, en octubre de 1971, Chu En-lai recibía el Sha en Pekín y le expresaba su apoyo en «su justa lucha por salvaguardar la independencia nacional y la soberanía estatal y proteger sus recursos naturales».

En junio de 1973, el ministro de relaciones exteriores chino, Chi Peng-fei, era recibido en Teherán por el Sha. El funcionario chino decía en el banquete ofrecido en su honor: «Irán tiene

que fortalecer su defensa frente a la actual situación en la región. Es necesario y justificado para Irán que tome medidas [...] para salvaguardar su seguridad, independencia y soberanía... Nosotros [los chinos... del palacio imperial de Pekín] esperamos y tenemos el convencimiento de que nuestro país, bajo la dirección de su majestad imperial el Shahanshah, se desarrollará en un próspero y poderoso país».

No está de más recordar que, inmediatamente después de esta visita, el Sha de Irán hizo muy útiles contribuciones a la estrategia mundial china y proporcionó aviones de caza al Gobierno de Thieu en Saigón, como una manera de aliviar el peso sobre los hombros de Washington en la vietnamización de la guerra en esa zona.

Tampoco está de más no olvidar que a partir de fines de ese mismo año, el Gobierno de Pekín dejó de ayudar al Frente Popular de Liberación de Omán, grupo nacionalista que luchaba contra el régimen feudal omaní. La clave estaba en que el sheik omaní recibía el apoyo militar (8.000 hombres de infantería, más apoyo táctico aéreo y blindado) de las fuerzas armadas del Sha. El 25 de junio de 1974, el diario «Le Monde» informaba que el Sha de Irán había expresado con gran satisfacción su reconocimiento porque China había «cesado toda ayuda a los rebeldes».

En Europa, el grupo de Chu En-lai también ha cumplido su compromiso con el Gobierno de Washington: apoyo a la OTAN, a los gobiernos y partidos políticos más reaccionarios del continente, e instrucciones a los grupos y organizaciones políticas llamadas «pekinistas» a hacer frente común con el ala derecha del espectro político contra la «amenaza socialimperialista», incluyendo claros episodios de alianzas con la CIA, como en el caso de Portugal con el partido comunista de Portugal (M-L).

Del 12 al 17 de enero de 1975, el jefe de la unión demócrata cristiana de la República Federal de Alemania, Franz-Josef Strauss, visitó China y fue recibido por Mao Tse-tung, Chu En-lai y Teng Hsiao-ping. Este último le dijo al líder de la extrema derecha alemana: «El enemigo del mundo es la Unión Soviética. Si en el mundo hubiera más líderes como usted o yo, la lucha contra el socialimperialismo podría triunfar mucho más rápido». El 15 de enero, Strauss dio una conferencia de prensa en la capital china, y aseguró que Chu En-lai le había dicho: «La seguridad de Europa occidental se puede asegurar con el apoyo militar de Estados Unidos».

Ya en 1973, en el comunicado chino-francés del 14 de septiem-

bre, con motivo de la visita de Pompidou a Pekín, se dice: «Las dos partes examinaron la situación en Europa. China respalda los esfuerzos hechos por los pueblos europeos con miras a salvaguardar la independencia y la seguridad de sus respectivos países y, sobre esta base, unirse para preservar su seguridad común». Clara alusión a fortalecer la OTAN bajo la hegemonía de Washington. Alusión que queda más clara cuando inmediatamente la parte francesa establece su punto de vista contrario: «Francia sigue con fidelidad a sus alianzas, una política encaminada a la distensión, el entendimiento y la cooperación *entre todos los pueblos del continente*». O sea, Europa oriental también.

El 21 de diciembre del mismo año, «Pekín Informa» traducía del «Renmin Ribao» un artículo claramente en pro del fortalecimiento de la Organización del Tratado del Atlántico Norte: OTAN, *necesidad de mejorar sus fuerzas militares*.

Durante todo 1975, la prensa china estuvo casi cotidianamente publicando artículos que comentaban favorablemente la insistencia del entonces ministro de defensa norteamericano James Schlesinger acerca de que los niveles de tropas de Estados Unidos en Europa debían ser mantenidos, y que Estados Unidos tiene un vital interés en «proteger» a Europa, Oriente Próximo, el golfo Pérsico y Asia. El 24 de abril de 1975, «Christian Science Monitor» informaba que el primer ministro belga, Leo Tindemans, había expresado *su asombro*, después de su visita a China, *por las reiteradas referencias de los gobernantes chinos favorables al informe de James Schlesinger, al congreso de Estados Unidos, y su calificación de que «era un buen punto de vista sobre el mundo»*. *No hay que olvidar que muchos políticos burgueses habían calificado este informe de «guerrerista»*.

Cuando a fines de 1975 el presidente Ford echó del ministerio de defensa a James Schlesinger, la agencia Sinjua publicó un despacho en el que criticaba este paso dado por Ford «como una concesión» a la Unión Soviética y como un peligroso debilitamiento de las fuerzas estadounidenses. Y citó en el despacho —suscribiendo sus palabras— lo dicho por el senador ultraderechista Henry Jackson en el sentido de que la salida de Schlesinger era «una pérdida para la nación, por su tarea de prudente política de defensa y de relaciones exteriores».

Naturalmente, James Schlesinger fue invitado a visitar China, y llegó a Pekín el 6 de septiembre de 1976, sólo tres días antes de la muerte de Mao. El 13 de septiembre, quienes todavía justi-

ficaban la política exterior reaccionaria de la burocracia civil-militar de Pekín, quedaron atónitos ante un despacho de la agencia Sinjua aparecido en «Renmin Ribao», que daba cuenta de los homenajes fúnebres al cadáver de Mao. El despacho tenía un largo título: *Amigos y enviados diplomáticos en la capital china se unen al pueblo de Pekín en el duelo y presentación de respetos a los restos del presidente Mao*. Y en el texto, el siguiente párrafo: «Entre los *amigos extranjeros* que fueron al Gran Palacio del Pueblo a presentar sus últimos respetos al presidente Mao Tse-tung estaban: el grupo de trabajadores metalúrgicos de Albania dirigido por el viceministro de industrias y minas, Mago Bleta; el ministro de relaciones exteriores de Pakistán, Agha Shahi; la delegación del Consejo Cultural Nacional de Venezuela; el *ex ministro de defensa de Estados Unidos*, James R. Schlesinger; y amigos de los círculos deportivos de Japón, Tanzania y Egipto».

Es decir, en su rígido código diplomático, el Gobierno de Pekín consideraba a un funcionario que había sido jefe de las fuerzas militares estadounidenses dadas a la tarea de quebrarle el espinazo a los pueblos indochinos, al pueblo de Angola y al pueblo de Chile, entre otros, como *amigo de China*. Y peor todavía, ponía a James Schlesinger al mismo nivel de amistad con un grupo de obreros de Albania. Tan amigo, que en el banquete que el ministro de relaciones exteriores Chiao Juan-jua ofreció a James R. Schlesinger, el 7 de septiembre, el discurso del funcionario chino no hizo mención al imperialismo norteamericano, y en cambio expresó: «La potencia imperialista que se autotitula “socialista” utiliza la retórica de la “distensión”, tanto más vociferante cuanto más enérgicamente expande su armamento y prepara la guerra. Como ha señalado correctamente el doctor Schlesinger, “habla de paz, pero practica la guerra”. Enfrentadas con las ambiciones expansionistas de esta superpotencia, algunas personas recurren al apaciguamiento y la concesión, y hasta el sacrificio de terceros, en un intento de protegerse a sí mismos. Esto es, por supuesto, confundir los deseos con la realidad. En nuestra opinión, la política correcta debería ser enfrentar la realidad, movilizar al pueblo y apoyarse en él, y unirse con todas las fuerzas susceptibles de ser unidas para luchar medida por medida contra ella».

El 28 de septiembre, a menos de diez días del golpe de Estado, según un despacho de Sinjua, «el primer ministro chino Hua Kuo-feng se entrevistó y tuvo una *amistosa* conversación aquí

[en Pekín], esta noche, con James R. Schlesinger, ex ministro de defensa de Estados Unidos».

Para tender una cortina de justificación ideológica al compromiso a nivel mundial adquirido por el grupo de Chu al comenzar a desarrollar una alianza militar y política con el Gobierno de Washington, los teóricos de la burocracia civil-militar estructuraron, a partir de 1974, su conocida «teoría de los tres mundos». Fue expuesta por primera vez en público por el entonces viceprimer ministro «sin cartera» (sería confirmado en enero de 1975) Teng Hsiao-ping, en su discurso del 10 de abril de 1974 en la sesión extraordinaria de la asamblea general de las Naciones Unidas para estudiar los problemas de las materias primas y del desarrollo.

Desde el punto de vista marxista, esta teoría es claramente un abandono de los principios básicos de lo que se llama marxismo-leninismo, y encuentra su puesto en la categoría de antirrevolucionaria. En realidad, la teoría cubre la necesidad de los gobernantes chinos de echar por la borda lo que en lenguaje marxista se llama «la lucha de clases a nivel internacional», y así tener las manos libres ideológicamente para justificar sus alianzas con los gobiernos más reaccionarios del mundo y su posición de abandonar a su suerte a los movimientos democráticos o proletarios.

Así, el núcleo de la teoría de los tres mundos se reduce a tomar las contradicciones interburguesas o interclasistas dominantes, como las únicas existentes a nivel mundial. El mundo estaría solicitado por las contradicciones interburguesas o interclasistas dominantes que existen entre las «burguesías» imperialistas (EEUU y URSS), las burguesías capitalistas desarrolladas (los países de Europa Occidental, Canadá, Australia, Japón, etc.) y las burguesías dominantes en los países colonizados o dependientes (los llamados países en desarrollo o en vías de desarrollo). Las tres categorías corresponderían a «primer», «segundo» y «tercer» mundos.

Entonces, tomando las contradicciones interburguesas como la fuerza motriz de la revolución actual, resulta lo que afirma Teng Hsiao-ping: «Los numerosos países en desarrollo abarcan un vasto territorio, cuentan con una población numerosa y abundan en recursos naturales, son la fuerza motriz revolucionaria que impulsa la rueda de la historia mundial y constituyen la fuerza principal en la lucha contra el colonialismo, el imperialismo y, especialmente, contra las superpotencias».

Es fácil notar que se habla de «países»; es decir, de conjuntos homogéneos donde aparentemente no habría clases en lucha. En seguida se agregan las condiciones necesarias y suficientes para que esos *países* constituyan una fuerza motriz: muy extensos, muy poblados, muy ricos en recursos naturales. Naturalmente, este análisis está utilizando parámetros económicos no dialécticos al manejar conceptos desprovistos de su dinámica interna según el punto de vista marxista. Porque no dice de qué están poblados esos países: si de burgueses o proletarios, si de ambos a la vez y en lucha por sus intereses socioeconómicos antagónicos. Esto deriva hacia una tesis contraria a la sustentada por todos los que siguen el punto de vista marxista, la de que la época del imperialismo es la época de la revolución proletaria. De acuerdo con la teoría de los tres mundos, la época del imperialismo sería la época de las revoluciones dirigidas por la burguesía, ya que sólo de ese modo se puede hablar de «países», o sea, entidades sociales con una estructura de clases ya definitiva, por lo menos en cuanto a que el Gobierno chino la acepta como definitiva. Por último, por omisión, ya no es el proletariado la fuerza motriz, la fuerza principal en la lucha contra el colonialismo, el imperialismo; en el sentido de que, teóricamente, desde la posición marxista, los frentes únicos antiimperialistas y anticolonialistas deben ser dirigidos por el proletariado para que puedan desembocar en la etapa siguiente del desarrollo social, la etapa socialista, y, en seguida, la comunista.

Para los chinos no es así. Para ellos resulta posible que sectores de la burguesía luchan contra otros sectores de la burguesía, y eso sea el punto esencial del progreso social de la humanidad. Dicho de otro modo, está claro que en la concepción china de los tres mundos priva el punto de vista de que la ley del movimiento histórico es la ley de los diversos grupos que se suceden en el poder sobre el resto de la sociedad.

Para dar una especie de punto de apoyo al edificio trimundista, Teng afirma que: a) «El campo socialista, que existió durante un tiempo después de la segunda guerra mundial, ya ha dejado de existir debido al surgimiento del socialimperialismo»; b) «China es un país socialista, y al mismo tiempo un país en vías de desarrollo».

De aquí resulta que si *a* es verdad, entonces no hay ningún país en la actualidad que sea socialista, porque en el concepto marxista la definición de «campo socialista» se refiere a un sistema social, no a una suma de países socialistas. En fin, si *a*

es verdad, entonces, a lo menos, el Gobierno de Pekín estaría haciendo una confesión, lo cual nos relevaría a muchos del trabajo de demostrar que ya no es socialista, que es una revolución en agonía. Pero hay más. Si la segunda parte de la formulación *a* es verdad, entonces tendríamos que concluir que basta que un país socialista deje de serlo para que todos los demás se desmoronen en cadena. Esta tesis es como el revés de la tesis mecanicista de que basta que un pueblo de un país realice la revolución proletaria para que todos los demás, como por magia, tengan que transformarse en socialistas, imitándolo.

En cuanto al punto *b*, ya es un poco el decir sin decir. Tenemos que, según las definiciones marxistas (cuando hablo de «marxista» no me refiero solamente a lo planeado por Marx en sus análisis económicos, sociales y políticos, sino también al desarrollo de su teoría tal como está ahora, en nuestro tiempo, pasando por Engels, Lenin, Stalin, Mao... por citar sólo las figuras de mausoleo), un país en vías de desarrollo es una mala definición para un modelo social donde el proletariado todavía está sometido a la dominación de la burguesía; que depende, a su vez, de la dominación del imperio central (en el sentido de dominio económico, tecnológico, ideológico, y dependiente en lo militar), y en el cual ese dominio imperial, o dependencia del imperio, hace posible el saqueo de los recursos naturales o la plusvalía producida en ese país, lo que, por último, es la causa orgánica de su bajo nivel de desarrollo, absoluto o relativo. De esta definición se desprende, siempre utilizando los puntos de vista marxistas para el análisis, que de la condición de subdesarrollo (o en vías de desarrollo) sólo se puede salir si se cortan definitivamente los lazos con el centro imperial. Para lograr esto, naturalmente, hay que cambiar el modelo social, ya que la burguesía dependiente no puede cortar esos lazos. De ahí sigue que sólo la revolución proletaria que pone al proletariado como clase dominante en alianza con los sectores más empobrecidos de la pequeña burguesía (los campesinos), y con los demás sectores de la burguesía que traicionan a su clase, puede hacer esta tarea. El sistema al cual se ha arribado, para salir de la categoría definida como «en vías de desarrollo», es, pues, el socialista. Así, ¿cómo podría ser China al mismo tiempo «socialista» y «en vías de desarrollo»? ¿Al mismo tiempo un país con dictadura del proletariado y un país con dictadura de la burguesía dependiente?

Se podría pensar que lo que hay en la definición de Teng es una falta de claridad en la construcción de la frase, y que lo que

él quiso decir es que China es al mismo tiempo «socialista» y «pobre». Pero no es así, a juzgar por las palabras de Teng pronunciadas más tarde en su discurso. Él quiso decir «en vías de desarrollo» con el contenido de dictadura de la burguesía dependiente. Esto queda claro cuando habla del «internacionalismo proletario» según lo ven los gobernantes de esa China a la vez burguesa y proletaria: «Como es lógico, un verdadero país socialista debe seguir el principio de *internacionalismo*, y prestar sincero apoyo y asistencia a los países y naciones oprimidos, y ayudarlos a desarrollar *su economía nacional*».

La claridad de esta declaración de principios es asombrosa. En este punto yo debería agradecer al señor Teng, en nombre de las decenas de miles de chilenos asesinados, torturados y apresados en las mazmorras de la dictadura de Pinochet, en nombre del millón de exiliados de un país que tiene 10 millones de habitantes, en nombre de tres millones de chilenos que en este momento no tienen nada que comer a causa del desempleo provocado por la política económica de la dictadura, el «internacionalismo» de que ha dado muestra su Gobierno al ayudar al «país Chile» a «desarrollar su economía nacional» con tan generosos préstamos y tan conveniente intercambio comercial.

Pero sigamos con el texto de Teng: «Los países en vías de desarrollo cuentan con ingentes potenciales para el desarrollo independiente de su economía. Es plenamente factible que lleguen gradualmente a un elevado nivel de producción en la modernización de la industria y la agricultura —nivel nunca alcanzado por las generaciones anteriores— siempre y cuando hagan constantes e incansables esfuerzos en consonancia con los rasgos característicos y las condiciones de sus respectivos países, y marchen por el camino de la independencia y del autosostenimiento.

»El imperialismo, y particularmente las superpotencias, están aprovechándose de algunas *discrepancias temporales existentes entre nosotros*, los países en desarrollo, para sembrar cizaña, provocar escisiones entre nosotros y torpedear nuestra unidad, con el objetivo de continuar su manipulación, su control y explotación».

En suma, de lo que se trata en la época del imperialismo es de «desarrollar la economía nacional». A juzgar de cómo están las relaciones de clases en los países del tercer mundo, según la clasificación de los chinos, se trata de desarrollar «la economía nacional burguesa». O sea, para decirlo de una manera ale-

gre, habría que cambiar el lema del Manifiesto Comunista por este otro texto: ¡Burgueses y proletarios del mundo, uníos para luchar por el desarrollo económico!

Para asegurar mejor este concepto, Teng define sólo como «temporales» las *discrepancias* existentes entre los gobiernos de los diferentes países «del tercer mundo». Claro, discrepancias apenas, y temporales, las existentes entre el Gobierno cubano y el Gobierno de Pinochet, o del Gobierno albanés y el Gobierno del Sha de Irán, o entre el Gobierno de Angola y el de Zaire.

Si entendemos el texto de Teng a la luz de que son temporales las discrepancias entre las burguesías dominantes en los países dependientes del imperialismo (me refiero al imperialismo en su definición científica de exportación de capitales), y por eso mismo temporales entre la burocracia civil-militar china y ellos, entonces el párrafo tiene una lógica perfecta.

Naturalmente, esa teoría que borra del mundo el concepto de lucha por el poder entre clases antagónicas, y por lo mismo borra el concepto de la revolución socialista, ha recibido bastantes ataques incluso de los propios seguidores de la política de Pekín y de partidos políticos que se definen como «marxista-leninistas», membrete que hasta hace poco era equivalente de «pekinista» o «maoísta», pero que comienza a no serlo tanto.

En agosto de 1977, el partido comunista revolucionario (ML) de Chile emitía una declaración internacional para refutar la teoría de los tres mundos, con el propósito de «continuar y profundizar la crítica y el desenmascaramiento del revisionismo moderno y de las nuevas corrientes oportunistas y revisionistas que hoy, en una nueva etapa y bajo “nuevas formas”, pretenden liquidar la lucha combativa y resuelta del proletariado internacional y atar a los revolucionarios proletarios al carro de las burguesías, e incluso del imperialismo [...]. Refutamos aquí la formulación programática de la denominada “teoría de los tres mundos” enunciada por Teng Hsiao-ping [...]. Es una reaccionaria formulación burguesa [que] no corresponde a los intereses del proletariado, sino a los intereses de la burguesía y el imperialismo. Sus formuladores representan una nueva corriente oportunista disfrazada de “antirrevisionista” y “marxista-leninista” que pretenden hacer pasar por “revolucionaria y científica”, una tesis que en los hechos liquida la formulación leninista sobre las características fundamentales de nuestra época y se opone al socialismo y a las revoluciones proletarias [...]. Es una corriente hostil al marxismo en el seno de éste».⁴

En realidad, el primer partido «aliado» del chino que comenzó a oponerse públicamente a la teoría de los tres mundos fue el albanés, que ya a fines de 1975 comenzó a criticarla de manera oblicua, comentando las declaraciones acerca de ella del grupo pekinista francés, el partido comunista ML de Francia. A estas críticas se unió el partido comunista ML de España, que sufrió las primeras represalias de los chinos, hasta convertirse en un grupo escindido que originó después los llamados partido del trabajo y organización revolucionaria de trabajadores.

En noviembre de 1976, el jefe del partido albanés, en su informe al VII Congreso, hizo una fuerte crítica a la teoría china de que «el peor imperialismo es el soviético», diciendo que «nuestro partido sostiene consecuentemente que el imperialismo estadounidense es agresivo y lo seguirá siendo mientras le quede aunque sea un solo diente». Y como aguda memoria para las cuentas alegres de la burocracia civil-militar agregaba que «fue el imperialismo estadounidense el que desató la bárbara agresión en Corea y en Vietnam, cometiendo algunos de los más horribles crímenes que haya visto la humanidad. Fue el imperialismo de Estados Unidos el que intervino en el Congo, que estranguló la revolución dominicana, que llevó la guerra hasta Laos y Camboya, que incendió el Medio Oriente y que organizó los golpes fascistas en Chile y Argentina», y advirtió: «Al mismo tiempo que hay que rechazar la demagogia y las tácticas engañosas del “antiimperialismo” predicado por los revisionistas soviéticos, es necesario también rechazar el “antisocialimperialismo” que están propagando los Estados Unidos de América y la burguesía monopolista mundial. Los pueblos no pueden permitirse caer víctimas de la rivalidad de Estados Unidos con la Unión Soviética y transformarse en peones de las maniobras imperialistas». Lo cual constituyó una elegante forma de señalar al Gobierno de Pekín su calidad de cómplice-peón del Gobierno de Washington.

Por último, definiendo a los actuales dirigentes de Pekín, aunque sin nombrarlos, Hoxha expresó que *«según ellos, hacer “política” significa cambiar de bandera a cada rato y en toda ocasión, tener buenas relaciones con uno y otro, no hacer el bien a otro, sino aprovecharse de él, y, por otra parte, crear la falsa y muy dañina opinión de que aquellos que defienden abiertamente los derechos de los pueblos, que no esconden las opiniones que tienen sobre Estados y sus dirigentes, no son políticos hábiles, sino personas inflexibles y sectarias».*

Creo que este párrafo de Hoxha define con precisión lo que es el cinismo político de la burocracia civil-militar china, y que ha venido utilizando desde hace tanto tiempo hasta terminar en cómplices de quienes dicen combatir en su propaganda, en enemigos de quienes dicen apoyar, y en rígidos explotadores de un pueblo, para llegar a ser una potencia mundial que domine al resto de los pueblos del planeta.

Pero a medida que la realidad oculta tras las fronteras de China y tras el cinismo político de sus dirigentes actuales ha ido saliendo a la luz, su «influencia» en las organizaciones políticas que utilizaban el apellido de «marxistas-leninistas» para diferenciarse de otras que se titulan comunistas, han ido abandonando la nave y ahora, después del XI Congreso del partido, se ha revelado una fuerte tendencia a la ruptura con la capital «roja», la capital que tiene el cadáver de Mao Tse-tung embalsamado para que lo alaben los Pinochet chilenos, los Videla argentinos, los Strauss alemanes, los Nixon estadounidenses y los emperadores asiáticos y africanos.

Si hacemos una comparación de la lista oficial de organizaciones políticas reconocidas por Pekín que enviaron cablegramas de pésame por la muerte de Mao, y la lista oficial de las mismas organizaciones reconocidas por Pekín que enviaron mensajes de felicitación por el XI Congreso en 1977, tendremos un mal balance para Hua Kuo-feng y sus aliados en el golpe de Estado que terminó de afianzar el dominio de la burocracia civil-militar en China. Veamos un examen por continentes:

América latina: en septiembre de 1976, las organizaciones «pekinistas» eran veinticinco. En septiembre de 1977, sólo ocho enviaron felicitaciones a los nuevos dirigentes elegidos por el XI Congreso. Para equilibrar un poco el déficit, han aparecido cuatro organizaciones nuevas. En todo caso, la bancarrota es seria.

Asia: en septiembre de 1976 eran dieciocho. Enviaron felicitaciones al XI Congreso trece (en realidad doce, porque el partido comunista de Kampuchea no aparece en la lista oficial china, pero como después una delegación de ese partido fue a Pekín, lo he contabilizado. En realidad, Kampuchea nos tiene acostumbrados a estos misterios. En 1976, el ex príncipe Sihanouk no envió cable de condolencia por la muerte de Mao, y hubo toda clase de especulaciones, incluyendo la de que había sido asesinado por su esposa Monique —que es mujer realmente hermosa—, aun cuando algunos dirigentes chinos me ase-

guraron entonces que Sihanouk vivía «dedicado al cultivo de arroz» en las afueras de Phnom Penh. De pronto, el partido de Kampuchea no aparece en las listas oficiales, pero después va una delegación a Pekín... y Sihanouk recupera la vida a través de una carta de felicitación al dirigente Pol Pot, que encabezó la delegación a Pekín, a fines de 1977). Dos organizaciones nuevas surgen para equilibrar el balance.

Oceanía: dos organizaciones, una de Australia y otra de Nueva Zelanda, formaban parte de los pésames al Gobierno por la muerte de Mao. Ahora sólo la de Australia felicita la celebración del XI Congreso.

Europa: 47 organizaciones «pekinistas» en septiembre de 1976. En la misma fecha de 1977 sólo permanecían fieles 27. Pero el número de grupos «nuevos» es bastante grande: nueve.

En suma, de los 92 grupos o partidos políticos en el mundo que seguían a Pekín, sólo 49 se mantenían fieles después del golpe de Estado de octubre de 1976. Una pérdida neta de 47 %, lo cual es bastante negativo en cualquier clase de negocio, incluyendo el político. Por otro lado, habían surgido 15 organizaciones nuevas, lo cual, de todos modos, no equilibra la balanza, y deja a la burocracia civil-militar de Pekín con muchos amigos a nivel de asociados de Washington, y muy pocos a nivel de luchadores antiimperialistas.